

Cuando el amor se va de vacaciones.

Dicen las estadísticas que septiembre es, por excelencia, el mes de las separaciones y divorcios. Teniendo en cuenta, de un lado, que muchos matrimonios parecen vivir todo el año anhelando las soñadas vacaciones de agosto, y presumiendo, de otro, que cualquier pareja, con mayor o menor fortuna, aspira a una buena relación, no deja de llamar la atención esta concentración de rupturas en el período postvacacional, del que uno debería volver con renovadas energías... también para amar.

La persona humana es tan rica y variada que no admite, sin injusticia, un tratamiento generalizado, por lo que me abstendré muy mucho de discernir las causas que hacen de las vacaciones de agosto la dramática antesala de muchos infortunios matrimoniales; sin embargo, como en materia de amores no somos los hombres muy originales y llevamos siglos y siglos de experiencia, algo se puede decir.

Se puede decir, por ejemplo, algo tan sencillo como que el matrimonio puede irse de vacaciones a condición de que el amor matrimonial no lo haga; al contrario, el período estival es una época de amable pero intenso trabajo para el amor.

Quizás sea sencillo de decir, pero no tanto de hacer porque en vacaciones se produce un curioso fenómeno que sería incomprensible en la naturaleza humana si no fuera porque nos afecta a casi todos: el deseo tiende a eclipsar a la razón y a la voluntad. Y, como los humanos, queramos o no, estamos constituidos por afectos, razón y voluntad, si las dos segundas se van de vacaciones, el amor, que es nuestra condición íntima, se descompone, o deja de ser humano, lo que es aún peor; el amor matrimonial no puede “vacar”, ha de estar siempre atento porque siendo, como es, irrestricto, o crece o muere.

Pero, podríamos preguntarnos, ¿de verdad es malo que el deseo tome las riendas de nuestro amor? Y yo contestaría, de momento y sin mayores honduras filosóficas, que depende... de la dirección que tome, porque el deseo, de eso tenemos sobrada experiencia personal, suele ser bastante caprichoso. Hay quien piensa que hay que amar preferentemente con el deseo, y hay quien sostiene que es mejor poner el acento en la voluntad. Mi hijo de cinco años, desde luego, se encuentra en el primer grupo... Pero, la verdad, a mí tampoco me gustaría estar resueltamente en el segundo porque pienso que mi mujer espera de mí no solo que le quiera, sino también, y muy especialmente, que en verdad *sienta* ese ‘querer’. Si no, qué amor más triste.

Mi propuesta para este verano tiene, pues, poco misterio: empezar por empeñarse en amar con el deseo y con la voluntad. En un número anterior de la revista propuse la imagen de la bicicleta para enseñar a nuestros hijos el manejo de las emociones. Y si alguien dijo que las bicicletas eran para el verano, ¿por qué no utilizar la misma analogía para nuestro amor matrimonial durante las vacaciones?

Podemos imaginarnos al deseo y la voluntad como las ruedas y los pedales de una bicicleta: ¿qué es mejor, dejarse llevar por la inercia de las ruedas, que van donde les lleva la pendiente del terreno, o seguir el impulso de los pedales, que, con unas buenas piernas, ascienden donde quieren? La respuesta no admite duda: hay que utilizar ruedas y pedales..., siempre que tengamos un destino —la persona amada— y queramos llegar a él, claro, porque ya se sabe que al barco sin rumbo todos los vientos le son contrarios.

Al amor le sucede algo parecido. Unas veces discurre espontáneamente por una larga y placentera bajada, y uno deja de pedalear, se dedica a contemplar y se deja embelesar por un paisaje emocional tan intenso que puede llamarse pasión: ¡hay que aprovechar estos momentos, y fomentarlos! La pasión, el sentimiento, la emoción, vividas a fondo con todo nuestro ser, más allá del gozo presente que puedan procurar, se convertirán después en la prolongación de la voluntad.

Otras veces hay que afrontar cuestas empinadas que ponen a prueba nuestra capacidad de amar. Las ruedas, ciertamente, facilitan el desplazamiento, pero hay que poner “piernas”, sabiendo que, por lo común, el papel de la voluntad no es amar sin sentir —¡somos hombres, no ángeles!—, sino optimizar el sentimiento, provocándolo para que renazca otra vez. Habrá que ascender, a veces, cuando el terreno lo requiera, a fuerza de pedales, hasta que llegue —¡siempre lo hace!— una nueva bajada emocionalmente placentera.

Y si hemos empezado a amar con el deseo y la voluntad, no será difícil hacer intervenir a la razón que, congregando a la memoria —es decir, dirigiendo la bicicleta con el manillar de la inteligencia—, nos mostrará los mejores atajos y nos recordará algunos detalles de importancia que tendemos a olvidar: por ejemplo, que vivimos en una circunstancia familiar determinada que condiciona, y también enriquece, nuestros planes individuales; o que nuestra mujer también quiere hacer vacaciones y tiene sus propios planes y anhelos que hay que contrastar con los nuestros... Y, sobre todo, aunque suene a perogrullada, que a la persona amada hay que amarla “como ella quiere ser amada”, y las vacaciones son el tiempo propicio y sin excusas para ello, en que uno puede inventar cada día su amor con mil y un detalles y atenciones que un corazón enamorado sabe descubrir.

Un amor así exige un espíritu atento y delicado, que se empeñe en conocer el ‘lenguaje’ del amor que nuestro cónyuge prefiere, no sea que cometamos el error, tan común, de hablar siempre en el idioma de nuestro propio amor (o amor propio) y ella no entienda nada de lo que queremos sinceramente transmitirle. El simple esfuerzo por conocer lo que ella espera generará, no lo dudemos, un incremento de nuestro amor —también a nivel sentimental—, porque el conocimiento lleva al amor y lo nutre, de la misma manera que el amor invita al conocimiento. Es la espiral conocimiento-amor que conduce siempre a la unión.

Y para terminar, la piedra de toque. Dos preguntas nos darán cada noche el temple de nuestro amor: la primera es evidente de toda evidencia: *¿la he amado hoy?* Y la segunda es la que nos puede poner en evidencia: *¿lo ha notado?* Ambas reclaman una respuesta afirmativa. Y aún una última advertencia: he escrito en masculino porque soy varón, pero el artículo puede leerse en clave femenina.